

Lo que debo a Tomás Alva Edison

Por WANDERER

George Bernard Shaw, ese estupendo interrogante inglés, que es a veces piquete demoledor y otras pala constructiva, tuvo la humorada—grandiosa como todas las suyas—de publicar el año pasado una lista de ocho hombres, a quienes él llama “artífices de universos”, de los cuales sólo uno existe aún, a saber: Pitágoras, Aristóteles, Ptolomeo, Copérnico, Galileo, Kepler, Newton y Einstein. El único superviviente es, desde luego, este último.

“Estos grandes hombres—según este *showman* Shaw—han sido los artífices de un lado de la humanidad, que tiene dos lados. Llamamos a un lado religión y al otro ciencia. La religión siempre está bien. La religión nos protege contra el gran problema que tenemos todos que afrontar. La ciencia siempre está mal: es el mismo artículo de los hombres. La ciencia jamás puede resolver un problema, sin suscitar otros diez problemas más”.

Pero digo yo ahora, de qué me sirve toda la sabiduría acumulada de siglos por estos ocho grandes hombres, toda su ciencia abstracta, toda su matemática pura, comparada con los descubrimientos prácticos, las invenciones útiles de un solo hombre, el “Brujo de Menlo Park”, Tomás Alva Edison, que acaba de bajar a la tumba, la decena antepasada, en Nueva Jersey, a la edad de 84 años, equivalentes en realidad de verdad a unos 153 años, computados a base de la actividad regular de un individuo, que trabaja ocho horas al día, se divierte o cree divertirse otras ocho, y duerme las ocho horas restantes.

Los dos más grandes pecados de la humanidad para Edison eran el comer mucho y el dormir mucho. Él comía muy frugalmente y tenía bastante con cuatro horas de sueño al día. Al cumplir sus 65 años, cuenta uno de sus biógrafos, se figuraba que había llegado a 115 años. “Esto es—explícito—trabajando como los otros hombres, he hecho lo suficiente para que yo tenga 115 años. Espero seguir trabajando por 20 años más, que computados a base del promedio de trabajo diario del hombre, me darían 155 años. Entonces es cuando podré jugar al *bridge* con las mujeres”. ¡El hombre, pues, que “iluminó

el paso del progreso humano con sus invenciones” vivió sólo un año menos de lo que esperaba vivir!

No era de la clase de científicos puros con grandes conocimientos matemáticos y filosóficos. Su habilidad estaba en su genio inventivo, que sabía aplicar, como el que más, una verdad científica a un fin práctico. En este concepto era considerado el número Uno de todos los hombres en todos los tiempos.

Enumerar la lista completa de sus invenciones, que cuando recibió la Medalla de Oro del Congreso de los Estados Unidos en 1928, alcanzaban la asombrosa cifra de 1,338, siguiendo el número de sus patentes, con un valor monetario de \$15,599,000,000, sería tarea imposible, debido al corto tiempo y reducido espacio de que dispongo; pero sí, para dar una idea, siquiera pálida, de los beneficios que tú, lector querido, y un servidor, derivamos de sus inventos, todos los días de nuestra vida, voy a decirte cómo no podemos pasarnos el día, sin tener que agradecerle a cada paso al hombre que más ha contribuido en nuestros tiempos al bienestar del mundo civilizado.

Empecemos por la maquinilla que empleo hoy mismo para escribir estas líneas. Edison fué quien, si no la inventó, ayudó eficazmente en 1871 en la construcción de la primera maquinilla de escribir que dió resultados. En 1905, suplementó este utilísimo invento, que ha evolucionado la escritura del mundo, con la introducción de su dictáfono.

Hace un momento, EXCELSIOR me llamó por teléfono para recordarme la puntualidad—¡divina palabra!—en la entrega de materiales, para que no se retrase la tirada. El teléfono es un aparato que, como todos saben, ha sido inventado por un señor Bell; pero Edison fué quien lo lanzó al mercado, poniéndolo al alcance de todo el mundo, inventando en 1877 el transmisor de carbón que sentó el teléfono sobre bases comerciales y lo ha convertido en el auxiliar más útil e imprescindible que tenemos en la casa y en la oficina, en el placer y en el trabajo, en la abundancia y en la necesidad.

Soy un individuo de la clase media, que no tengo el valor ni la paciencia de ir a patitas todos los días al trabajo, ni puedo aún permitirme el lujo de gastar coche, para ir y venir de la oficina a casa. Las carromatas son una cosa muy rara: surgen como hongos de cada esquina, cuando no se las necesita; y cuando le hacen más falta a uno, como en días de lluvia, es cuando brillan por su ausencia. Por eso, prefiero confiar diariamente mi insignificante humanidad a la benevolencia y a la regularidad, mas que incómoda a veces, del tranvía, inventado por Edison en 1882.

No voy a las carreras, ni a la gallerá, porque soy muy afortunado en amores... domésticos—me quiere mi mujer, me quieren mis hijos, me quiere mi suegra, nos queremos todos—no fumo, ni bebo, porque el cigarro es humo y el licor espíritu, que no añaden ni quitan nada al placer de vivir. Tampoco visito los *cabarets*, porque al peligro rosa de las bailarinas se ha unido otro, el peligro negro de los *gangsters*... ¡uf! de esos matasietes, que por cinco cuartos, si no te mandan a la morgue, te giran a la sala de operaciones de algún hospital.

Mi única diversión es ir al cine. Una diversión para mujeres y niños, si queréis. Pero ¿qué le vamos a hacer? Yo me divertía ante la pantalla muda, como hoy me divierto ante la parlante, porque se divierten conmigo mi mujer e hijos, y ¿por qué no decirlo? el cine es el juego que más gusta a las almas dadas a soñar... ¡cosas imposibles! Pues bien, este juego ilusorio fué posible gracias a la invención por Edison de la cámara cinematográfica en 1891, seguida en 1912 por la presentación del kinetófono, el primer balbuceo de los modernos *talkies*.

En casa no tenemos radiola, porque, además de estar fuera del alcance de mi jornal de modesto pasante de bufete, estamos rodeados a diestro y siniestro, por delante y por detrás, por todos lados, de vecinos dueños de aparatos de toda clase, tamaño y fuerza, empeñados en una lucha sin tregua ni cuartel por darnos la "lata del aire" a todas horas. Yo, la verdad, quisiera ver en mi casa un remanso de paz y de beatitud, a donde no llegase el ruido de la calle, donde pudiera uno recogerse como en sí mismo, en esas horas íntimas gozadas al lado de la familia, en que querría uno olvidarse de que existen otros mundos fuera del que nos ofrece el amor de los nuestros... Desgraciadamente, esto no es posible desde que los aparatos de radio quebraron el cristal de la tranquilidad doméstica, y hay momentos en que se imagina uno, mesándose los cabellos y mordiéndose los labios,

que en vez de estar en su propio hogar, ha ingresado de repente en una casa de orates...

Esto no quiere decir que soy enemigo incondicional de la música. No. Libreme Dios de semejante falta de buen gusto. Al contrario, me gusta. No lo que se dice con delirio. Pero sí lo bastante para no faltar, siempre que puedo, a ningún concierto de nota. Y tengo placas de buenos cantantes ajenos y propios, algunos violinistas de renombre, pocos bailables (los únicos a los que tiene acceso libre la yaya para cortar la llantina de mi pequeña o soltar el contoneo coreográfico de los otros niños) y unas cuantas declamaciones, entre las que figuran dos o tres de Berta Singerman, la gran diva del recitado sonoro y único... ¡Ah! y desde luego, tengo un fonógrafo pequeño, portátil, que de lejos parece una maletita de viaje, y es lo que los gringos—¡perdón por la palabra!—llaman tan propiamente *music box*. Es un aparato que desciende en línea directa del que inventó el "Brujo" en 1877.

Por último, escribo estas cuartillas en una tarde plomiza. El cielo amenaza lluvia y la poca luz que entra por las ventanas pide un refuerzo. Sobre mi cabeza cuelga una bombilla blanca, que sólo espera la presión de un botoncito, para encenderse y derramar su luz lechosa sobre mi mesa de trabajo y todo lo que hay encima de ella. Toco la llave. Es la misma luz que ha iluminado y sigue iluminando el progreso del mundo, desde que la inventó el Mago de Nueva Jersey en 1879.

Y así como inventó la lámpara incandescente, mejoró el dinamo, perfeccionando al mismo tiempo los sistemas de transmisión de la luz eléctrica, de la calefacción y de la fuerza motriz. ¡Todo eso, por el cual la electricidad, nervio y arteria que puebla hoy el universo de movimientos y latidos, de acción y vida, se ha convertido en la más solícita, eficiente y leal servidora de la humanidad!

Todo eso y más, muchísimo más, debo a Tomás Alva Edison, luminar del siglo, que la decena antepasada volvió, "como gota que vuelve a la mar", a la Fuente de Luz, de donde procedía...

Manila, 23 de octubre de 1931.

